

LA LEY DE DIOS

SEMANARIO CATÓLICO.

ORACIÓN Y MORTIFICACIÓN.

I.

La primera es tan antigua como el pesar y como el dolor; la segunda, como el desinterés, la abnegación y el sacrificio.

Siempre que uno desea, ora; siempre que uno teme, ora también, porque con el deseo y el temor tiene muchos puntos de contacto la esperanza: siempre que *esperamos*, oramos.

La súplica, el ruego, la plegaria, la oración nacen en el seno recóndito del alma agradecida por el favor recibido, ó en el seno del alma anhelante por el esperado beneficio.

Hasta dónde es tierna y conmovedora la oración, podrían decirnoslo los infelices reos de muerte después de las largas horas de anticipada agonía en la capilla, antesala de la muerte. Hasta dónde es eficaz, los desgraciados que han conseguido el indulto después de orar fervorosamente arrepentidos y contritos.

No es raro, al contrario, es muy común, reír de los que oran. Y, sin embargo, tal es el poder de la oración, tal influencia ejerce en los mismos que de ella se burlan, que se halla con frecuencia en los libros de la Iglesia la historia de muchos santos, que habían hecho ludibrio de la oración, y tiempo después no han podido menos de orar y morir con ella en los labios.

¡Oremos, oremos todos: ¿con quién tener más confianza que con nuestro Padre y con nuestra Madre? Desahoguemos en ellos nuestro corazón, contémosles de rodillas nuestras penas, lloremos arrepentidos nuestras faltas en su presencia, imploremos su piedad, su auxilio y su bendición, que todo lo demás lo hará su acendrado é inagotable amor. Huérfano aban-

donado, desolada viuda, esposa fiel, casta doncella, tierna niña, todos vosotros tenéis alguna pena en el alma, alguna amargura en el corazón... ¡Ah! no las deboreis así, en silencio! Contadlas á vuestro Padre, á vuestro Padre celestial, á vuestro Dios! Y tú, desgraciado, á quien la fortuna, la ley ó las circunstancias varias de la vida hacen arrastrar una existencia penosa, que sufres con resignación y lloras con ternura; tú, mendigo, que hallas en la boca de los perros del señor el «Dios te ampare» de la limosna que pides; tú, pobre obrero, explotado por todos y por muchos maldito; tú, infeliz encarcelado, que arrastras la cadena dorada con el oro del que cometió el crimen que tú espías; tú, hombre, en fin, víctima en grande y en pequeño de las ingratitudes y villanías de tus semejantes, arrímate á mí, que soy tan desgraciado como tú: todos tenemos amarguras en el corazón y penas profundas en el alma... también tenemos un Padre que desde el cielo cuenta nuestras lágrimas; lloremos en su presencia, contémosle nuestras cuitas, confesémosle sinceramente nuestras faltas... El nos tiene bastante amor para perdonárnoslas todas y para aliviar nuestro corazón de las amarguras que contiene y para iluminar nuestra alma con esa purísima luz de los cielos que se llama esperanza... Hablemos, sí, hablemos de nuestras aflicciones con nuestro Padre, con nuestro Padre celestial, con nuestro Dios. Oremos... oremos con fe, con verdadera y ardiente fe, y todo lo demás lo harán el amor de nuestro Padre, el amor y la misericordia de Aquel que eligió el purísimo seno de la Estrella de Nazareth para depósito sagrado y misterioso de la encarnación de su divino Hijo.

A. RAMÍREZ PROBO.

EL OUDIO AL ERROR.

(Conclusión)

Podemos medir las garantías de duración que tiene en nosotros la vida cristiana por la energía con que rechazaremos el error, por la violencia del odio de que nos sentiremos animados contra él. Este odio no debe tener más límites que nuestro amor á Dios, puesto que la verdad es Dios, y que el odio al error tiene necesariamente la misma energía que el amor á la verdad. Así, pues, nada de pactos con él; nada de miramientos; nada de ilusiones. Ni nos dejemos engañar por sus disfraces ni seducir por su hermoso lenguaje. Rechacémosle con más horror cuando se presente revestido del estilo más elegante, que cuando se muestre cubierto de los harapos de una literatura abyecta. Entremos en la mente de la Iglesia, que *prohibe leer hasta los libros buenos de los heresiarcas* por miedo de que, aficionándose al autor, no se sientan los cristianos arrastrados á abrazar sus falsas doctrinas. Por poca lealtad que abriguemos en nuestro corazón para con Jesucristo, nuestro divino Rey, lejos de encontrar injustas ó demasiado rigurosas esas condenaciones *in odium auctoris* haremos de ellas la norma de nuestros sentimientos y de nuestra conducta.

No lo olvidemos: en efecto: la verdad que reclama el homenaje de nuestra fe no es una fría abstracción: es la palabra viva de Jesucristo. Negarla es dar un criminal mentís a este Salvador divino; ponerla en duda es sospechar de su veracidad. Y si nosotros sentiríamos que se nos dirigiese semejante ultraje, ¿seríamos menos sensibles cuando se dirige á nuestro Rey y á nuestro Dios? Y cuando nos encontramos en presencia de uno de esos anticristos de que nos hablaba san Juan, que emplean todo su talento en hacer más persuasivo y por lo tanto más dañoso el mentís dado á la palabra del divino Maestro por un Voltaire, un Rousseau, un Jorge Sand, un Renan, ¿no será mayor la indignación que despierte en nuestro corazón el cinismo de los unos y la indignación de los otros, que el placer que tal vez causen á nuestro espíritu las bellezas

de un estilo encantador? ¡Huyamos de la fascinación de esas sirenas si no queremos vernos detenidos en nuestro camino á la patria celestial! Acordaos de la sentencia que recuerda el Apostol de un sabio pagano: «Los malos discursos corrompen las más bellas virtudes». (I Cor. XV, 33). No temamos que se nos acuse de ser exagerados en nuestra piedad y demasía. do absolutos en nuestros principios: semejantes acusaciones son hoy los más bellos de todos los elogios. En presencia de las traiciones criminales y de las cobardes defecciones de que es nuestro divino Soberano víctima, la exageración en la fidelidad se ha hecho un deber para sus fieles servidores, y los principios absolutos son la única salvación de una sociedad que se derrumba porque está edificada en la movediza arena de las opiniones.

EL CARDENAL SANZ Y FORES.

Profundo ha sido nuestro dolor al saber el fallecimiento del virtuoso purpurado cuyo nombre encabeza estas líneas.

El amor que siempre tuvo á esta diócesis de Oviedo, la primera que recibió sus pastorales visitas, pudo acabarse con la muerte; mas no en vida pudo olvidarse jamás del entrañable cariño que le tenían los asturianos, al que correspondía el señor Sanz y Forés visitando todos los años su querido principado.

Nació el Eminentísimo Sr. Dr. D. Benito Sanz y Forés el 21 de Marzo de 1828 en Gandía, provincia de Valencia.

Cursó con tal aprovechamiento Filosofía, Cánones y Sagrada Teología, que obtuvo la investidura de doctor.

Siendo Canónigo de Tortosa fué propuesto el 16 de Marzo de 1868 por doña Isabel II para la silla Episcopal de Oviedo.

Pío IX le preconizó el 22 de Junio del mismo año, y el 8 de Noviembre le consagraron Obispo, en la iglesia de las Salesas.

Ocupó también la Metrópoli de Valladolid en 1882 y últimamente la de Sevilla.

León XIII le concedió hace poco tiempo el capelo cardenalicio.

Su muerte deja luto entero á cuantas personas tuvieron ocasión de tratarle; la Iglesia ha perdido uno de sus más poderosos sostenes y el cristianismo uno de sus egregios príncipes. Su nombre resplandecerá entre los más distinguidos y esclarecidos ingenios; y España, á vista de los progresos de tan sabio Cardenal, lo mismo en virtud que en ciencia, ensalzará su celo ardiente y caritativo con los pobres, sus costumbres sencillas, y su elocuencia incansable en el servicio de Dios y de las almas.

Basta leer sus Pastorales, llenas de aquel lenguaje tan bello y profundo con que se distinguían siempre sus escritos, obra acabada de un genio observador, para convencerse del inmenso caudal de virtud y ciencia que poseía.

Sus sermones son modelos de oratoria sagrada, la que cultivó con mucho fruto é incansable celo.

Fundó en Oviedo los catecismos de niños y niñas, mandó restaurar el hermoso retablo del altar mayor que posee la Catedral Basílica Ovetense, y socorrió muchas necesidades.

Covadonga perdió quizá el mejor entusiasta y caritativo del Santuario, pues él, emprendió la Catedral en construcción, y puso la primera piedra.

Dios Nuestro Señor le habría recogido llevándole á la mansión de los justos, y la Virgen de Covadonga, á la que profesaba tanta devoción, le daría el premio de sus buenas obras.

Anima ejus requiescat in pace. Amén.

P. GONZÁLEZ LUDENA.

LO QUE NO DEBE OLVIDARSE.

(Continuación.)

Las pruebas morales de la existencia de Dios son tres: la *ley natural*, la *necesidad irresistible que siente el hombre de recurrir á Dios*, y el *consentimiento unánime de todos los pueblos*.

1.^a La ley natural existe, pues la conciencia humana distingue en cada caso el bien y el mal, así como la obligación de

hacer el uno y de evitar el otro. Es así que toda ley supone un legislador, y este legislador no puede ser el hombre, puesto que la ley natural existe en él, sobre él y contra su voluntad: luego no puede ser más que una potencia superior al hombre; esta potencia superior es Dios: luego Dios existe.

2.^a Una necesidad irresistible lleva al hombre desgraciado á recurrir á un sér superior, y al hombre feliz á darle gracias: luego existe este sér superior árbitro de la suerte del hombre. Es así que este sér es Dios: luego existe Dios.

3.^a El consentimiento unánime de todos los pueblos existe acerca de Dios, y sólo existe acerca de Dios y acerca de la ley natural: luego la existencia de Dios es tan incontestable como la existencia misma de los pueblos y de la ley natural.

Con toda claridad hemos presentado las pruebas *físicas, metafísicas y morales* de la existencia de Dios, como acabamos de ver; pruebas que, en nuestro concepto, no pueden ofrecer duda acerca de su existencia. Pues bien, ¿podrá creerse, después de esto, que haya hombres que sean capaces de negar que Dios existe? Pues sí los hay; y estos desgraciados se conocen con el nombre de *ateos*. Estos son de dos clases: *ateos especulativos* y *ateos prácticos*. Los *ateos especulativos* son aquellos que dicen se hallan convencidos de que Dios no existe: los *ateos prácticos* son los que conocen que existe, pero niegan su existencia, porque quisieran que no existiese para vivir más desenfadadamente *sin ser ante Él* responsables de sus actos.

Que hay ateos prácticos lo acredita una desgraciada experiencia; pero que haya ateos especulativos lo repugna la razón, porque no es posible que un sér dotado de conocimiento, deje de prestar asentimiento á las pruebas incontestables que evidencian esta verdad.

No hay más que *un sólo Dios verdadero*, y es imposible que haya muchos, porque es imposible concebir dos ó más esencias soberanamente perfectas. Para ser soberanamente perfecto es preciso no tener otro igual, porque no tener otro igual es una perfección de que carece el que no la tiene. Por eso se dice, con

verdad, que multiplicar la divinidad es destruirla; porque un Dios que careciese de alguna perfección no sería Dios. Además, si existiesen dos dioses, en algo se distinguirían necesariamente, y este algo sería perfección, porque en Dios no se pueden concebir sino perfecciones; pues bien, la perfección por que cada uno se distinguía no estaba en el otro: luego ninguno de ellos tendría todas las perfecciones: luego ninguno sería infinitamente perfecto; ó lo que es lo mismo, ninguno sería verdadero Dios. Es, pues, imposible que haya más que un Dios verdadero.

Ahora bien, no pudiendo haber más que un solo Dios verdadero, tampoco hay ni puede haber más que una sola religión verdadera para rendirle verdadero culto, la cual será la misma que Él haya revelado á los hombres para que le alaben y bendigan.

Hemos demostrado con toda la claridad posible, dadas nuestras escasas fuerzas, que no hay ni puede haber más que un Dios y una religión; hemos presentado las pruebas físicas, metafísicas y morales de su existencia; y, como acabamos de ver, estas mismas pruebas demuestran y confirman de un modo irrefutable la falsedad de todas las religiones politeístas: luego la religión verdadera no es, ni puede ser, politeísta, y por tanto, no pertenece, ni puede pertenecer, al grupo de tales religiones.

MANUEL A. GARCÍA.

(Continuará)

Gijón, Noviembre de 1895

LOS QUE SE JUZGAN,

Y SE LLAMAN CATÓLICOS.

La mujer que fingiendo un misticismo exagerado, corre diariamente de altar en altar, no para levantar al cielo su espíritu y pedirle que la sostenga en las batallas de la vida, sino tomando á la religión por pretexto para abandonar su retiro, faltando tal vez al cumplimiento de sus deberes haciendo del sagrado templo bazar donde va á exponer su belleza, su lujo, su orgullo y... acaso su coquetería; ¿creéis que,

aunque no pierda fiesta religiosa, ni misa solemne, es buena católica? ¡Nó! mentíral esa no es la mujer que marca el Evangelio, modesta, recogida, piadosa: esa es la flor sin aroma, que ni perfuma el santuario ni embellece su propio hogar.

Y no quiero añadir, ¡ay! no quiero añadir que á veces la augusta casa de Dios se trueca en el punto de una cita, donde si no se cambia la pa'abra, se cruza la mirada: ¡la mirada que no expresa la fe ni el amor divino, sino los pensamientos, las ilusiones, y las esperanzas mundanas!

El potentado ó el que disfruta sólo de un cómodo bienestar, y olvida al gozarlo, las penas de los demás, y no tiene en sus ojos una lágrima, ni en su corazón un latido para el que sufre: que teniendo asegurado el pan de mañana, no ofrece un pedazo al infeliz que quizá no le tuvo ayer ni le tendrá hoy: el que dá un «nó» al que llega á su puerta á demandar una limosna, y pronuncia ese «nó» con la boca impregnada en el sabor de los exquisitos manjares, y húmedos los labios por los vinos generosos de su espléndida mesa; ese, aunque se apellide así mismo hijo de la Cruz y observador de su doctrina; aunque ejecute actos de devoción; aunque se arrodille en el tribunal de la Penitencia: no es, ni podrá creerse un buen católico.

¡Porque el Evangelio es la caridad, y él solo rinde culto al egoísmo! ¡es el amor á nuestros hermanos, y él solo se ama á sí propio, y en sí propio emplea las riquezas que Dios le concedió para que hiciera el bien en este mundo! ¡tiene los medios para mitigar el dolor, y sólo piensa en su placer! ¡tiene lo superfluo y niega á otro lo necesario! Oh! ya comprenderéis que esto no es piadoso, ni caritativo ni católico!

La que alza sus preces al Señor, interrumpiéndolas para formular una amarga censura ó calumnia contra sus semejantes: la que se precia de timorata y aparentando huir de la murmuración, la escucha con fruición y la aprueba sonriendo: ¡sonrisa más significativa á veces que la misma palabra!

La que después de haber echado la postrera mancha y hecho el último desgarrón en la honra ajena, dice, para dejar á salvo su conciencia: «Yo no he dicho

nada nuevo; eso es ya público; todo el mundo lo sabe».

¡Infeliz! ¡y si el que lo escucha entonces lo ignoraba? ¿á qué añadir un borrón más á los que cubren aquel nombre? ¿Por qué olvidar la máxima divina que ordena tratar á los otros, como querríamos ser tratados con indulgencia, con misericordia, con verdadera caridad cristiana?

Y los que sienten en su corazón el envenenado aliento de la envidia, el odio funesto del rencor ¿se podrán considerar verdaderos y rectos y sinceros católicos?

Yo pienso que no, y que por más que quieran aparentarlo, su devoción y sus preces y su fervor, serán ante el Eterno un agua cristalina y saludable ofrecida en un vaso roto, asqueroso y nauseabundo imposible de acercar á los labios, ni de tocar con la mano siquiera!

Réstame hablar de los que yo creo «perjudiciales», de los que no teniendo las graves faltas que acabo de manifestar, son señalados como tipos perfectos, dignos de admirarse y de imitar en todo, y servir de norma á los demás, esto es lo que á mi entender les hace acreedores al calificativo de perjudiciales que yo les doy.

El que dice: «yo creo, yo espero, yo me humillo ante el sumo Hacedor; pero no ante sus ministros, porque son hombres, porque son imperfectos, porque son censurables como yo»!

El que al hablar del poder, de la influencia, de las prerrogativas de la iglesia se atreve a criticar sus actos.

El que dá con la mano izquierda un óbolo para el sostén de las grandezas del divino culto, y señala con la derecha esa misma grandeza como una ostentación superflua.

El que á la alabanza añade la reticencia; el que á la sumisión mezcla el examen; el que al asentimiento agrega el pero...

El que bendice á Dios públicamente en medio de la prosperidad, y al menor contratiempo, á la más pequeña desgracia con que les oprime Aquel que todo lo puede, y de cuya mano debemos recibir con gratitud la dicha ó la tribulación igualmente; se vuelve contra la Providencia, la acusa, la apostrofa, blasfema acaso, dis-

culpando después su impiedad con la humana debilidad, con el exceso del pesar, con la flaqueza y la miseria del hombre.

El que ensalza los actos religiosos, pero murmura del culto estérno.

El que con mil mentidas protestas quiere probar que á Dios se le debe adorar sólo en el interior del santo templo.

El que no da una limosna bajo la frívola disculpa de que con la limosna se sostiene el vicio.

El que educa á sus hijos en las máximas de que pueden cómodamente servir al mundo y servir á Dios.

El que lleva por la mañana sus hijas á la santa casa del Señor, exigiéndoles que cubran su frente modestamente con un velo, pero que por las noches las conduce al teatro, donde puedan ver mujeres medio desnudas, ó á los saracs, donde ellas á su vez se presentan con el seno apenas cubierto.

¡Cuán terrible debe ser la responsabilidad de estos modernos padres de familia! Cuánta debe ser también la de aquellos que con una mirada, con una palabra equívoca, con uno de esos «peros» de que he hablado anteriormente, haga que un ministro del Señor pierda el sublime prestigio que le cerca; que una virgen consagrada á Jesucristo vea empañada la celeste aureola que ciñe su frente, porque siendo uno de esos católicos, á quien el vulgo juzga infalibles, hable de la inconveniencia ó de la inutilidad del estado religioso; hable torpemente de los que lo abrazan, sin humillarse ante la sublime y alta dignidad de la virginidad y el sacerdocio. ¡Oh! ellos no comprenden cuánta grandeza hay en esos superiores espíritus que, siendo hijos del hombre, anhelan igualarse por la pureza á los ángeles y á los santos!

¡Ellos no saben admirar esos nobles seres que, formados de polvo y lodo como la generalidad de la raza humana, se elevan, sin embargo, sobre ella, queriendo ser la imagen viva del cielo sobre la tierra!

Ellos, repito, no saben avalorar el precio de esas almas é intentan á veces desvirtuar su sacrificio, hablando con la admiración y el pesar pintado en el hipócrita

ta semblante, de sus defectos, de sus faltas, de sus culpas acaso.

Los que obran de este modo, y á quienes yo apellido católicos perjudiciales, lo son mucho más, porque á cada palabra mezclan el nombre de Dios, porque le invocan acaso en todos sus actos, y el vulgo que no sabe definir ni juzgar, les imita, les cree y sigue su funesto ejemplo. ¡Cuántos y cuántos males se ocasionan con esto á ese catolicismo, del cual se proclaman fieles defensores, siendo, sin embargo, sus más terribles enemigos!

Ahora, como el viajero que camina por áridos pedregales y por sendas llenas de precipicios y de abrojos y llega á un oasis encantador donde descansa y respira y toma aliento, así mi espíritu, fatigado con la descripción de los anteriores tipos, reposa un instante en el recuerdo del verdadero católico, cuyos pasos son los únicos que se deben seguir.

¡Ay, qué paz tan dulce, qué belleza tan santa, qué pureza tan infinita se reflejan en un alma cristiana, en una de esas almas sencillas y creyentes, que hacen el bien sin ostentación y que se apartan del mal sin ruido!

¡Ellas son como el arroyo trasparente y cristalino que, oculto entre la verde yerba, fecunda y fertiliza cuanto encuentra á su paso! Son como la purísima luz de la blanca aurora, que llena de suave claridad el mundo cuando aparece en el Oriente.

Y como la fé y la esperanza y el amor anidan en esas almas, están siempre dispuestas en su eterna abnegación, á sacrificar su vida por sus creencias, y su reposo por el desgraciado.

Con la frente alta, con la mirada serena, sin temblar ante los peligros, combaten el mal y reprimen el vicio donde quiera que le encuentran.

El verdadero católico se inclina humildemente ante las aras sagradas, y quiere que en las ciudades y en las aldeas, en la montaña y en el valle, en el oscuro rincón del hogar como á la brillante luz del sol, se dé culto á Dios, de quien recibe el hombre vida y felicidad, esperanza y consuelo.

El verdadero católico, compadecido en vez de censurar, perdona muy lejos de

castigar, y jamás mancha su boca con la crítica ó la calumnia.

El verdadero católico da la limosna sin ofender con torpes sospechas al necesitado, ofreciéndola en nombre de Dios y por Dios tan sólo.

Es el emblema de la fe que cree y no discute.

Es la encarnación de la esperanza divina, que con santa abnegación, con resignación completa, soporta los dolores y las amarguras de la tierra, alzando confiada la vista al cielo, porque allí está el término de todo mal, y el principio de todo bien.

¡Oh! si queremos ser perfectos y arribar á la eternidad, imitemos á esos buenos católicos; sigamos fielmente los preceptos del santo Evangelio, tal y como nos los dió, cual ley, el santo legislador, el sabio de los sabios, que desde la cumbre del Gólgota iluminó los mundos con la hermosa luz de su indiscutible doctrina.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL SACERDOTE CATÓLICO.

III.

La vida del sacerdote católico podemos condensarla en estas palabras: oración, estudio y trabajo.

El hombre, á quien Aristóteles llama *microcosmos*, ó sea, pequeño mundo, quedó muy débil para lo bueno y con propensión á lo malo, después de la caída de nuestros primeros padres en el Paraíso. Impotente para luchar con solas sus fuerzas contra tantos enemigos, que pretenden hacerle caer en las redes que nos tiende Satanás, se vé obligado á pedir auxilios para no caer vencido.

Estos auxilios le vienen por medio de la oración.

Hay muchos que se precian de cristianos, y que suelen decir: *nosotros no sabemos orar*; eso tan sólo toca hacerlo á los frailes y á las monjas. ¡Como si nó tuvieran un alma que salvar como los demás!

La oración no supone grandes conocimientos, porque, como dice Massillon, si para orar fuese necesario elevarnos á esos

estados sublimes de oración, donde Dios eleva á algunas almas piadosas; si fuese preciso ser transportado como San Pablo hasta el cielo para escuchar allí esos secretos inefables que Dios no descubre al hombre, y que no le es permitido al hombre revelar; ó como Moisés, sobre la montaña santa, estar colocado en una nube de gloria y ver á Dios de frente; es decir: si fuese preciso llegar á ese grado de unión íntima con el Señor, en el que el alma, como si ya estuviese despojada de su cuerpo, se eleva hasta el seno del mismo Dios, podríamos decir como aquellos nuevos fieles de San Pablo, que nosotros no habíamos recibido esos conocimientos y que ignoramos cuál es el espíritu que los comunica.

La oración no es don particular de algunas personas piadosas, es un deber impuesto por el hombre, porque «todo el que tiene un corazón para amar al Autor de su ser; todo el que tiene una razón, capaz de conocer la nada de la criatura y la grandeza de Dios, debe adorarle, darle gracias, recurrir á Él; aplacarle, cuando está irritado; exponerle las necesidades, ó pedirle su protección». Y no basta decir que no se sabe orar.

Orando conocemos nuestro principio y nuestro fin; de dónde venimos y á dónde vamos; vemos las injurias que á Dios inferimos con nuestra vida desarreglada, pasada entre los placeres con que el mundo nos brinda. Conocemos lo deleznable de las cosas terrenas que se acaban con el morir....

Basta el deseo; el corazón enternecido hace todo el mérito y toda la sublimidad de su plegaria. ¿Es necesario decir á un enfermo que pida su curación? ¿Es necesario mandar á un hambriento que pida pan? Al que se halla al borde de un abismo ¿es necesario enseñarle á pedir auxilio? No.

Dice el elocuente Massillon que todo habla en él; todo expresa un dolor; todo solicita su consuelo; su mismo silencio es elocuente.

El sacerdote católico es el que continuamente nos recuerda este deber que tenemos de orar, con sus palabras y ejemplo.

Repite un día y otro día: orad y vigilad, porque el diablo, nuestro enemigo, como rugiente león, anda á nuestro alrededor buscando á quien devorar. Orad y vigilad porque no sabéis ni el día, ni la hora en que vendrá el Hijo del hombre á pedirnos cuenta de vuestra vida licenciosa. Conviene que oreis para que no entreis en tentación.

Estas palabras nos las dice por boca de sus sacerdotes Nuestro Señor Jesucristo.

También con el ejemplo nos excita á la oración. Perdona á sus enemigos, á imitación de su divino Maestro, que, clavado en una cruz, con sus manos extendidas en aptitud de abrazar á la humanidad contra su pecho, dirigió esta súplica á su Eterno Padre por los que le acababan de crucificar: «Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen.»

En el corazón del sacerdote católico no cabe el odio ni la venganza, porque su corazón sólo es caridad y amor.

Sabe que sufriendo en este valle de lágrimas, teje la corona que ceñirá su frente en la patria celestial. Y sabe también que las tribulaciones y miserias de la vida, son nada en comparación del cielo que le aguarda. (II. Cor. IV).

Por esto á los insultos de los impíos contesta con la sonrisa en los labios.

A. ALONSO RODRÍGUEZ

(Se Continuará)



SANTO DEL DÍA.

SAN FLORENCIO, obispo y confesor.]

San Florencio era de origen distinguido, resaltando por esta causa, y siendo de mayor mérito el desprecio que hizo de las honras y estimaciones del mundo. Lleno del espíritu de la religión cristiana, que es espíritu de humildad, aborrecía la vanidad del siglo, y miraba con horror los gustos y las viciosas inclinaciones de la naturaleza. Tan excelentes disposiciones para la virtud, le condujeron al retiro de los claustros, y fuese á encerrar en ellos. Eigió la religión de San Benito para consagrarse á Dios y al ministerio de la predicación. Sabiendo Florencio que tres

monjes, Arbogasto, Teodato é Hidulfo, habían resuelto seguir esta vocación con el fin de ganar almas para Jesucristo, se asoció á ellos en el ministerio apostólico, y pasó á la Alsacia, donde hizo muchas conversiones. Pero siendo estrecho campo para la extensión de su celo, recorrió las provincias comarcanas, fecundando abundantemente las dichas tierras que regó con sus celosos sudores, y cultivó con sus apostólicas fatigas. Por este tiempo fué nombrado san Arbogasto para el obispado de Strasburgo, con cuya ocasión se retiró san Florencio al bosque de Haslen, y en él se dedicó á la vida solitaria.

Ocupábase principalmente en la oración, la que sólo interrumpía para dedicarse algunas horas al trabajo manual. Cultivaba con esmero una reducida huerta, de cuyos frutos se sustentaba. Faltábale habitación, y quiso fabricarla; pero al estilo de los verdaderos solitarios, que no teniendo en la tierra ciudad permanente, suspiran sin cesar por la eterna mansión de los bienaventurados, en que al fin ha de terminar la penosa peregrinación de esta miserable vida.

Con este motivo refieren los panegiristas un caso singular.

Habiendo fabricado nuestro solitario una pobre choza ó estrecha celdilla, los brutos y las fieras del bosque se la echaban á tierra todos los días. Como el Santo no tenía armas para espantarlos, ni instrumento alguno de caza con qué defenderse, no sabía qué hacer ni qué medio tomar para contener aquella especie de conjuración. Pero puesta su confianza en Dios, mandó, en nombre del Señor, á toda aquella tropa de brutos y fieras, que se juntasen á la puerta de su choza, y que ninguno desamparase su puesto sin su orden. Fué puntualmente obedecido, y todo aquel feroz enjambre, amotinado antes contra su trabajo, quedó tranquilo, manso y apacible á la voz de su preceptor.

Sucedió por este tiempo, que hallándose el rey Dagoberto en su palacio de Krychem, salió á una batida; pero con tanta desgracia, que habiendo corrido la mayor parte del bosque, no descubrió ni el rastro de una sola fiera. Insensiblemente llegaron los batidores á la gruta

de nuestro Santo, y quedaron todos sorprendidos cuando vieron una multitud de fieras que, sin espantarse de los perros ni de los cazadores, se mantenían quietas, sosegadas y seguras bajo la protección del nuevo Adán.

Los batidores, testigos de aquel prodigio, juzgando cosa de encanto el tener allí tantos animales feroces sujetos, maltrataron al Santo, le arrancaron la túnica y se fueron con ella. Entonces San Florencio se fué tras ellos con gran paz, sin encono, sin turbación, y los dijo con alegre mansedumbre:

—Hermanos, tomad también esta hacha, que es lo único que me ha quedado.

Practicó á la letra nuestro solitario el consejo del Hijo de Dios: «Si alguno te quita la ropa, alérgale también la capa.»

Tenían los cazadores que pasar por un pantano, y al llegar á él se pararon inmóviles los caballos. Conocieron su error y retrocedieron á donde estaba el siervo de Dios, le restituyeron lo que le habían llevado, y le dieron satisfacción. Refirieron al rey sus aventuras, y el rey despachó un criado al Santo solitario, rogándole que pasase á la corte: hizoio Florencio, y apenas entró en palacio, cuando le honró Dios con un milagro. Batilde, hija primogénita del rey, era ciega y muda desde su nacimiento: al instante vió y habló, siendo sus primeras palabras otro segundo prodigio, porque, dirigiéndose al Santo, le saludó de esta manera:

—Seas bien venido, Florencio, siervo de Dios.

Siendo así que hasta entonces ninguno sabía su nombre.

Asombrado el príncipe de ver maravilla sobre maravilla, hizo donación al Santo de una parte del bosque para que fundase un monasterio, que fué muy célebre por la santidad del maestro, y por la obediencia de los discípulos, sin que san Florencio dejase de cuidar de él, aunque fué consagrado obispo de Strasburgo por muerte de san Arbogasto, mirando siempre su corazón con ojos paternales los progresos y la observancia del monasterio.

Doce años ejerció el oficio pastoral, y murió en olor de santidad el día 7 de Noviembre del año del Señor de 675, según el cardenal Baronio.

VARIEDADES.

LA NIÑA BENDITA.

Á DON M. ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ.

Entre las floridas huertas
de la hermosa Nazareth
camina una niña hermosa,
tierna y sencilla á la vez.

Todos los que van y vienen,
y ante sus ojos la ven
pisando espinas agudas
con los ternuzuelos piés,
le dicen, unos con pena,
y curiosidad también
otros, pero conmovidos
de su duro padecer.

—¿Quién eres?

—Angel de luz.

—¿Qué traes?

—Sumo poder.

—¿Y qué buscas?

—Una cruz.

—¿Para qué?

—Para romper

el lazo de esclavitud

que aprisiona á la mujer.

—Y á qué vienes?

—Vengo á orar.

—¿Para qué?

—Para vivir.

—¿Y luego?

—Y luego á llorar.

—¿Porqué?

—Para conseguir

que Dios quiera perdonar

á los que me hagan sufrir.

—¿Quién te envía?

—Dios me envía.

—¿Y eres pobre?

—Ya me ves.

—¿Como te llamas?

—María.

—¿Y te hieres?

—En los piés;

pero de la sangre mía

brotarán flores después.

—¿Qué anhelas?

—Del mundo nada.

—Pero...

—Sólo compasión.

—¿Un cetro?

—No; una mirada.

—¿Al cielo?

—Y una oración,

y, en vez de cetro, una espada
que me hiera el corazón.

—¿Y nada más?

—Un consuelo.

—¿De aquí nacido?

—No, enviado.

—¿Por quién?

—Por el Dios del cielo.

—Y ha de ser...

—Tan humillado,

que todo su santo anhelo

ponga en ser crucificado.

—¿De veras!

—Ten esperanza.

—¿Qué palabras!

—Son divinas.

—¿Ya te vas?

—La tarde avanza,

y tengo en estas colinas

que buscar cruz, hierros, lanza

y una corona de espinas.

—Y dejó la niña hermosa

los huertos de Nazareth,

tristes sus brillantes ojos,

heridos sus tiernos piés.

Buscó en aquellas colinas

cruz, hierros, lanza y cordel,

una caña y una esponja

empapada en la acidez

del vinagre y en las crudas

amarguras de la hiel;

y, la corona de espinas

cinriendo á su casta sien,

hasta que del cielo venga

el que la debe poner,

tornó los ligeros pasos

al pueblecillo otra vez.

HIGINIO GARCÍA ARGÜELLES.

CRÓNICA UNIVERSAL.

DE ROMA.

M. Lamberto Mussen, presidente de la llamada guardia democrática del Norte y uno de los jefes de los demócratas cristianos de Bélgica, anunció en la última sesión que se disponía á tomar el hábito de Trapense en la Abadía de Rochefort. Añadió que la democracia cristiana le había inspirado esta resolución y llevado, por decirlo así, hasta las puertas del Monasterio. El célebre Presbítero Pottier despidió en nombre de la Asamblea á M. Mussen, y en un magnífico discurso procuró demostrar que las Ordenes religiosas obran hoy y siempre como pararrayos contra la cólera divina. Los demócratas cristianos despidieron con lágrimas á su antiguo y celoso presidente.

—Ha fallecido en Montreal (Canadá), Mons. Enrique O'Bryen, Prelado doméstico de Su Santidad que había estudiado en Roma Filosofía, Teología y Derecho. Después marchó á su patria, donde se ejercitó en las misiones, y vuelto á Roma en 1874, fué incorporado al Clero de la diócesis de Frascati. Era ejemplarísimo en sus costumbres y como pocos celoso por la propagación de la fe católica en la América Septentrional.

—El nuevo ministro de Negocios Extranjeros de Francia, M. Bertheol, que antes se había indicado para Instrucción Pública, es un químico muy ilustre; pero también un famoso ateo. Es el que ha presidido el banquete, en que se reunieron los adversarios que atacaron á monsieur Brunetière por su artículo de la *Revue des Deux Mondes*, y no ha muchos meses se repartía en París un folleto de M. Bertheol titulado, *Ciencia y moral*, publicado por el Gran Oriente de Francia. Es un anticlerical hecho y derecho. Si hubiera podido hacer daño en Instrucción Pública no lo haría menor cuando saque del fondo de sus retortas notas diplomáticas que versen acerca de las relaciones de Francia y la Santa Sede.

DE ESPAÑA.

El domingo último tuvo lugar en Lérida la consagración de la iglesia de San

Juan Bautista. La junta revolucionaria destruyó el antiquísimo, pero aún fortísimo templo parroquial, viéndose precisados su clero y feligreses á servirse de pequeñas capillas durante el largo espacio de dieciseis años.

Al siguiente de venir á ocupar aquella Sede el ahora dignísimo Arzobispo de Tarragona, Excmo. Sr. Costa y Fornaguera, colocóse la primera piedra del templo nuevo, al norte de la Plaza mayor, en solares que hubieron de comprarse; y desde aquella primera ceremonia, tanto el Prelado como la junta de reedificación no cesaron, con un desprendimiento generoso, de aprontar recursos propios, y de allegarlos, con celo infatigable, de multitud de personas, por medio de rifas, cuestaciones y suscripciones.

A pesar de todo, tardóse ocho años, esto es, en Octubre de 1884, hasta poder habilitar para el culto la mitad de la obra construida, á causa de que sólo se empleaban como material sillares de las mejores canteras, artísticamente labrados, y de que á veces, si no faltaron, llegaron á ser muy cortos los recursos.

Así que el actual Rvmo. Sr. Obispo don José Meseguer vino á sustituir al excelentísimo Sr. Costa y Fornaguera, con el ardor y actividad con que emprendió obras importantísimas en dicha capital, prosiguió la de su dignísimo antecesor, logrando hace tres años inaugurar toda la nave lateral del sagrario, y ahora definitivamente, después de viajes, visitas y de apurar todos los medios imaginables para encontrarse dinero, ha conseguido aquel celosísimo y virtuoso Prelado ver *en parte* coronados sus afanes, consagrado el mismo con la solemnidad augusta del Pontifical, un templo hermosísimo, grandioso, en el mismo centro de la ciudad, y el primero después del templo catedral. Hemos dicho *en parte* porque falta hacer el cimborrio y la bóveda central hasta el crucero, y terminar la fachada principal que debe costear el Gobierno.

—El domingo 20 del pasado Octubre celebróse en el Círculo Católico Obrero de Liria una solemne fiesta dedicada á su Patrono el Arcángel San Miguel.

Por la mañana tuvo lugar la Misa de comunión, que estuvo concurridísima, y

después la solemne, en la que pronunció un notable panegírico el Rdo. P. Salvador Calvo, de las Escuelas Pías.

Por la tarde á las cuatro, y en el local que el círculo posee en las afueras de la población, celebróse la velada, presidiéndola el Rdo. P. Antonio Vicent, que tenía á sus lados al señor Consiliario y Junta del Círculo, al Rdo. P. Salvador Calvo y al secretario del Consejo Diocesano, doctor D. Manuel Oller.

Abierta la sesión, que corrió á cargo de los congregantes de San Luis, de Valencia, pronunciaron hermosos discursos D. Laureano Sánchez, D. Francisco Perís: los Sres. Sánchez, Galvo, Meléndez y Oller.

A continuación habló el Rvdo. P. Vicent durante más de una hora, exponiendo con la claridad y sencillez que le son peculiares interesantes cuestiones ya de carácter general sobre el problema obrero, ya de oportunidad para la población de Liria y terminado este discurso se levantó la sesión.

—El Ayuntamiento de Gandia ha suplicado se conceda á aquél pueblo el honor de recibir y guardar los restos del Cardenal Sanz y Forés. No se ha accedido á esta petición, por ser cosa resuelta que el cadáver se entierre en Sevilla.

DEL OBISPADO.

El Cabildo Catedral acordó ayer celebrar solemnes funerales por el eterno descanso del Emmo. Cardenal Sr. Sanz y Forés, el viernes próximo, 8 del actual, existiendo la coincidencia de ser este el día en que se verificó la Sagrada Consagración de tan ilustre prelado, y ser también la octava de su fallecimiento.

—En los días 1.º al 3 del corriente se celebró en la iglesia parroquial de Sama de Langreo un solemne tríduo en honor del Sagrado Corazón de Jesús, predicando el elocuente orador D. Agapito Villaverde, predicador de S. M.

Aquella hermosa iglesia, que rige el celoso párroco D. Juan Manuel Alvarez Miranda, se vió concurridísima por los fieles de aquel pueblo y contornos.

—El Director de la cárcel de mujeres se puso de acuerdo con el Capellán de la casa D. Braulio Alvarez, y anteayer hubo Misa, en la que comulgaron diecinueve reclusas, no haciéndolo una por hallarse enferma.

El celoso párroco de San Juan el Real envió á sus dos Coadjutores para prepararlas.

El Director las obsequió con un café.

—El presbítero D. Manuel de Jesús Martínez celebró por primera vez el Santo sacrificio de la Misa en la iglesia parroquial de Pola de Laviana, el día 3 de Noviembre de 1895, á las diez de la mañana.

Fueron padrinos de altar D. Feliciano Valdés en representación del M. R. Padre Fr. Francisco Javier Valdés, rector de la Universidad del Escorial, y de mano la Sra. D.^a Amalia Martínez de J. Fueyo, y el M. I. Sr. Dr. D. José R. Santamarina, canónigo lectoral de esta Santa Iglesia Catedral.

En tan solemne acto religioso predicó el Sr. Dr. D. José del Rosal Areces, párroco de Laviana.

Reciba nuestra enhorabuena el nuevo ministro del altar.

DEL CONCEJO.

Nuestro apreciable colega *El Eco de la Montaña*, de Cáceres, en su número correspondiente al 31 de Octubre, inserta un artículo que con el título de «Propósito» ha visto la luz en nuestro humilde semanario.

Agradecemos en el alma al ilustrado semanario católico la inserción de dicho artículo, y nos congratulamos de hallar quien, como nosotros, sienta y piense en el asunto.

¡Y habrá tantos, querido colega, tantos que piensen así...!

—Víctima de penosa enfermedad ha fallecido en esta Villa, después de recibir los Santos Sacramentos, la Sra. D.^a Ana Dorrego de la Cruz.

El domingo se verificó con grande acompañamiento la conducción del cadáver é inmediatamente tuvo lugar en nuestra parroquial el solemne funeral por el eterno descanso del alma de la finada.

Damos nuestro más sentido pésame á la afligida familia de la difunta.—D. E. P.
—Las festividades de los días 1 y 2 del presente Noviembre trajeron á la memoria de los fieles el recuerdo de la muerte, y todos acudieron á los templos á rogar á Dios por el eterno descanso de los muertos; los cementerios se vieron invadidos por la multitud que ante las desnudas cruces, ó las tumbas más ó menos pomposamente adornadas, se hincaba de rodillas para consagrar una lágrima y una oración á los que fueron.

No hemos dejado de visitar la tumba del que fué nuestro amigo del alma y fundador de este semanario, don Angel García Peláez. Sobre ella habían depositado la amistad y la familia dos hermosas coronas, y en la parte superior de la cruz se ostentaba otra con la siguiente inscripción bordada en oro: LAS HIJAS DE MARÍA A SU INOLVIDABLE DIRECTOR, inscripción que revela el oro que tienen en el corazón las vírgenes congregantas.

Repose en paz el amigo del alma, y Dios nuestro Señor reciba las oraciones que por su eterno descanso elevan al cielo los numerosos amigos que en el mundo le lloran.—R. I. P.

—Se halla enfermo de alguna gravedad el anciano Sr. Cura parroco de Hontoria.

Hacemos fervientes votos por su pronto y total restablecimiento.

—Ha dejado de pertenecer á la redacción de *El Correo de Llanes* D. Juan Ramón de la Vega y Ce'ayeta.

—Por edicto del Sr. Juez de primera Instancia de este partido en el pleito que sigue D.^a Amalia Torre Mier, vecina de Abándames, sobre adjudicación de los bienes pertenecientes á la Capellanía que D. Juan Antonio de Mestas Cosío, natural y vecino que fué de Arenas de Cabrales, fundó bajo la advocación de San Juan Bautista por testamento otorgado en 29 de Marzo de 1728 ante D. Tomás Ruenes, nombrando su primer patrono después de su fallecimiento á su hijo D. Juan Antonio Mestas Laso, se llama por tercera vez á los que se crean con derecho á dichos bienes para que comparezcan dentro de treinta días en dicho pleito con apercibimiento de que pasado dicho término no será nadie oído.

SECCIÓN RELIGIOSA.

Apostolado de la Oración.

INTENCIÓN GENERAL PARA NOVIEMBRE

Los intereses de la Iglesia en los países alemanes.

ORACIÓN PARA ESTE MES.

¡Oh Jesús mío! por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco en especial por la prosperidad de la Iglesia católica en Alemania, en donde es combatida por las herejías, la masonería y el socialismo.

PROPÓSITO.

Ofrecer todos los días alguna mortificación y oración por almas del Purgatorio.

Visitas de la Corte de María.

Día 7.—Nuestra Señora en la adoración de los Santos Reyes, Capilla mayor de la parroquial.—*Día 8.* Nuestra Señora de la Concepción, en su altar de la parroquial.—*Día 9.* Nuestra Señora del Rosario, en su altar de la parroquial.—*Día 10.* Nuestra Señora de las Angustias, en la capilla de la Trinidad, en la parroquial.—*Día 11.* Nuestra Señora de Belén, altar mayor de la parroquial.—*Día 12.* Nuestra Señora del Pilar, en su altar de la parroquial.—*Día 13.* Nuestra Señora de la Consolación, en la capilla mayor del antiguo convento.—*Día 14.* Nuestra Señora de la Asunción, en la capilla mayor de la parroquial.

Santoral.

Fueves 7.—San Florencio, obpo. y cfr.

Viernes 8.—San Diosdado, papa.

Sábado 9.—San Teodoro, mártir.

Domingo 10.—San Andrés Avelino, teatino.

Lunes 11.—Santa Ernestina, virgen.

Martes 12.—San Diego de Alcalá, franciscano.

Miércoles 13.—San Estanislao de Kostka, jesuita.